

la gente del servicio y trabajo de la minería, como fueron negros, mulatos, mestizos é indios, por lo cual vino á tener tanta falta de gente, que no había quien entrase á trabajar en las minas, con que la baja que hoy hay de gente, será hasta quinientos vecinos. Causale también gran daño á la ciudad de Tzacatecas, el haberse descubierto el año de 1630, ciento y veinte leguas de Tzacatecas hacia el Norte, en la jurisdicción y gobierno de la Nueva Vizcaya, unas minas que les pusieron por nombre San José del Parral; y por haberse publicado ser mucha su riqueza, muchos vecinos de Tzacatecas se salieron en demanda de ellas tan aprisa, que con la misma se despoblaba, y obligó al corregidor, que entonces era puesto por el Presidente de Guadalajara, llamado D. Juan Altamirano, á echar un pregón en la plaza pública, con grandes penas, no saliése vecino de la ciudad, sin darle noticia y llevar licencia suya, con que se reparó algo, porque á toda prisa se iba despoblando; y ha venido en los tiempos presentes á tan corta vecindad, que no llega á la cantidad referida, si bien con las haciendas de minas, ranchos, huertas y potreros, tendrá la ciudad los dichos mil vecinos, como consta de los padrones que cada año se hacen por los curas beneficiados.

En este tiempo salió desterrado por los pleitos que arriba dijimos, el oidor Pedro de Arévalo Zedeño, al pueblo de . . . , que está á cinco leguas de Guadalajara. Allí estuvo hasta que vino sentencia de Su Majestad, como queda dicho.

CAPITULO CCLXVI.

En que se trata cómo fué por guardián de Acaponetta el Padre Fray Francisco de Morga, y del alzamiento general de los indios tepehuanes, y otras naciones, que reparó en Acaponetta.

Año de
1617.

El año de 1617, en que fué por guardián de Acaponetta el Padre Fray Francisco de Morga, á veinte y tres de abril, cer-

ca de la festividad de San Marcos, entraron en el dicho pueblo gran suma de chichimecos guerreros, apóstatas de la fe, que venían de hacia las partes del Norte y Guadiana, y asolaron el pueblo de Quiviquinta, de donde en aquella ocasión era guardián el Padre Fray Antonio Ramos, el cual se vino al pueblo de Acaponetta, á donde estaba el presidio, que está siete leguas de distancia, á guarecerse; y contó la mucha gente de guerra que venía, y cómo habían quemado la iglesia, y el convento, y las casas del pueblo, diciendo que estuviésemos apercebidos, porque según lo que había entendido de algunos indios cristianos de esa guardianía, venían los revelados apóstatas de la fe, con ánimo de entrar en Acaponetta y asolarla dentro de dos días, como de facto sucedió; porque á 25 de dicho mes y año, al amanecer, apareció el ejército enemigo sobre el pueblo de Acaponetta, aunque es verdad que por haberles advertido el Padre Fray Antonio Ramos y otras personas, lo que había, se procuraron recoger el Capitán y ocho soldados de presidio, y otros diez ó doce vecinos, viandantes y arrieros, en un mal apercebido fuertecillo, con muchos ahogos y priesa, por saber se les acercaba el enemigo. Procuraron también meter en el fuerte, todos los principales ornamentos y instrumentos de la iglesia, aperci biendo para este efecto al padre guardián Fray Francisco de Morga, el cual, como vigilante pastor del manso y humilde rebaño que administraba, fué llevando los ornamentos, cálices, aras y demás cosas que había en la sacristía é iglesia, y que pudieron caber en el mal formado fuertecillo; y pasados dos días después de la llegada del guardián de Quiviquinta, una madrugada, entre dos luces, llegó la tropa del apóstata ejército de chichimecos con arcos, flechas, macanas y lanzas, trayendo por caudillo á un mestizo con un arcabuz, llamado Gogoxito. Tocaron á recoger los del fuertecillo, y así tropicándose unos con otros, mujeres y hombres, á apresurado paso se metieron en él, dejando sus casas y alhajas á la ventura; y al instante empezaron los chichimecos á pegar fuego á las casas del pueblo, sacando de ellas cuanto quisieron, y pegaron fuego á la iglesia y convento, y como todo estaba cubierto de jacales de

paja y corría marea el voraz fuego, en breve término lo convirtió todo en ceniza, y en el interin que las llamas se desplegaban y desollaban por los aires, la vil canalla de los chichimecos con guitarrillas andaban bailando y cantando á su modo jácaras por la plaza, á vista de los del fuerte, los cuales, como la prevención había sido corta y no tenían más que cinco ó seis arcabuces entre un capitán, ocho soldados y otros diez ó doce vecinos y pasajeros, no pudieron hacer menos que estarse encerrados en el fuertecillo, y de cuando en cuando disparar al montón de los chichimecos algunas cargas, y siempre que lo hicieron, lograron los tiros, porque mataron á algunos; y fué misericordia de Dios el que los religiosos que también se retiraron al fuerte advirtiesen se quitase la cubierta que era de jacal y paja, porque si no lo hubieran hecho así, los hubieran quemado vivos; y también para asegurarse de los indios del pueblo, se recogieron las indias en el fuerte, que eran algo sospechosas, porque de secreto había venido la voz de mano en mano y de pueblo en pueblo, y aun se dice que llegó á la Magdalena, y que el que la llevaba traía un idolillo de unas aspas á manera de cruz, en que el demonio les hablaba y incitaba al alzamiento.

Pelotazo
muy par-
ticular.

En esta ocasión que de una parte y de otra se tiraban, iba un indio chichimeco arrastrando á un *Sai to Cristo* puesto en una cruz, y viéndolo los del fuerte, cogió un soldado llamado *Cristóbal de Lerma* su escopeta, y la cargó con dos pelotas, y á distancia de doscientos pasos apuntó al indio sacrilego, diciendo: *á la cabeza*; y disparando con feliz suceso, cayó el indio muerto; y después, yendo los españoles á levantar al *Santo Cristo*, vieron que le había dado la munición al indio en el codo. Y el español *Lerma*, así que vió caído al indio, subió en un caballo, armado, y con una lanza y su adarga, se metió entre la multitud de chichimecos, y comenzó á alancearlos, y á su imitación fueron haciendo lo mismo otros españoles, con que los pusieron en huida, dejando al pié veintiseis enemigos muertos, y de los indios amigos del pueblo de *Acaponetta*, que estaban en ala defendiendo el fuerte, murieron tres, y á estos, como á católicos, se les dió eclesiástica sepultura, y á los demás,

como apóstatas de la fe, les quitaron las cabezas, las cuales pusieron en la horca, y los cuerpos echaron al campo, que en breve unas aves llamadas auras, muy carniceras, voraces y tragadoras, y otros animales, sepultaron en sus vientres. Después de pasada esta guerrilla, se dió aviso á la Real Audiencia de *Guadalajara* y al gobernador de la *Vizcaya*, por haberse dicho que los indios iban con propósito de volver otra vez á vengar la muerte de los suyos, que habían perdido en la refriega pasada, y así, fué al socorro, por orden de la Audiencia, el Capitán *Jerónimo Velásquez* con veinte soldados, y de la *Vizcaya* fueron otros tantos con seis indios flecheros de la nación *concha*, y los unos y los otros estuvieron casi cuarenta días en *Acaponetta* esperando á ver si venían y volvían los enemigos; pero no volvieron más, aunque antes que se fuesen, por espacio de quince días, anduvieron por aquellos alrededores y otros pueblos, haciendo daños y salteando á los arrieros que traginaban la tierra buscando su vida.

El daño que hicieron en el convento de *Acaponetta* y en el pueblo, fué grande, porque asolaron el convento, que era de altos y enmaderado con vigas de cedro; quemaron el retablo, rasgaron las imágenes, robaron las casas de los vecinos españoles é indios, y hubo chichimeco que salió á la plaza puesta una camisa de mujer, labrada, y otros andaban con faldellines puestos como capotes. Al fin ellos no volvieron más, y sirvió este acontecimiento, de que en lo venidero se viviese con más prevención, porque luego trajeron de México 30 mosquetes y otros instrumentos necesarios para lo militar, y se hizo un fuerte capaz, en que pudiese caber toda la gente, si acaso sucediese otro acometimiento. Con ocasión de esta guerra y levantamiento, por haber asolado el pueblo de *Quiviquinta* y haberseles agregado á los chichimecos apóstatas algunos pueblos que eran visita de aquella guardianía, y eran de su misma nación, quedó extinguida, hasta que cuatro años adelante, se erigió convento en otro puesto más acomodado, cuatro leguas de *Acaponetta*, fundando un pueblo de las reliquias de la gente que había quedado de *Quiviquinta*, y no quisieron apostatar

de la fe; y pusieron por nombre á este pueblo Guaxicori, que hoy tiene seis ó siete visitas. Y el año de 1621, el Padre Fray Pedro Gutiérrez, siendo provincial, envió al Padre Fray Marcos de San Juan, para que tratase de la pacificación y reducción de aquellos indios, como adelante se verá.

El motivo que se dice hubo para que aquellas gentes se alzasen, dicen que fué el habérseles aparecido el demonio á algunos, y dícholes, que qué entendían, pues no procuraban echar de sí el yugo y servidumbre de los españoles, y que se animasen todos y procurasen de una vez concluir con ellos; que él les ayudaría, y que tuviesen por cierto que saldrían vencedores; y que si acaso muriese alguno en la guerra, dentro de tres días resucitaría; pero que convenía que con todo secreto convocasen todas las naciones que pudiesen para que no pudiesen tener prevención los españoles, como lo hicieron, enviando de pueblo en pueblo el idolillo que queda referido, y que llegó hasta el pueblo de la Magdalena, habiendo caminado con todo secreto más de doscientas y cincuenta leguas, en que fué fuerza detenerse mucho tiempo, por haber andado todas las poblaciones y rancherías, sin que ningún indio ni pueblo de los de paz diese aviso de lo que pasaba á los españoles; de que se sigue que todos admitieron el ídolo y la voz del alzamiento de buena voluntad, y consintieron en él, y que estaban á la mira de lo que iba sucediendo, para alzarse todos; que por esta causa se recelaron los españoles de Acaponetta de los indios del pueblo, y por eso metieron las indias en el fuerte, y como les sucedió mal en lo de Acaponetta, desmayaron todos; y si sucediera al contrario, hubiera habido mucho trabajo y se hubieran puesto los españoles en muchos cuidados.

Convocatoria de los indios para alzarse.

CAPITULO CCLXVII.

En que se trata de la vida y muerte del bendito padre Fray Diego Luciano.

Año de 1617.

Del siervo de Dios Fray Diego Luciano, jamás se supo con evidencia su patria y nacimiento, ni los religiosos que con él trataron y comunicaron, de quienes hoy hay muchos en aquella provincia, se lo oyeron; y aunque algunos aficionados y confidentes (que tuvo muchos), se lo preguntaron, nunca quiso decirlo; lo más que dijo fué, que era del reino de Toledo, y que había tomado el hábito en la santa provincia de Castilla y en el convento de Ocaña. La vida que allí pasaba, por lo que en esta provincia se experimentó, bien claramente se puede conjeturar sería asperísima y rigurosa, pues de aquellos buenos y loables principios jamás aflojó, sino que con notable perseverancia traía su cuerpo muy sujeto á la razón, de que todos quedaron satisfechos y aficionados, y con entero conocimiento de la admirable doctrina con que fué criado en aquel religiosísimo convento, donde según él mismo contó, vivió muchos años, hasta que los prelados lo enviaron al reino del Perú, y fué Comisario en Panamá y Nuevo Reino, de que dió muy buena cuenta, por la mucha virtud que siempre resplandeció en su persona. Dejando este oficio ó cargo, que para él sería de interable trabajo, se fué á la ciudad de México como hombre desconocido, virtud estudiada de los santos para huir la vanagloria; y pareciéndole ser más acomodada vivienda para su recogimiento, y á lo que le tiraba su buen natural, la soledad y pobreza de la santa provincia de Xalisco, por el aventajadísimo nombre que ha tenido desde sus principios, se fué á ella donde de todos fué bien recibido, porque su apacible exterior

y ver una persona tan afable, daba claras señales del gran tesoro que Dios tenía encerrado en su alma, de que muy en breve quedaron muy satisfechos y aficionados todos los religiosos de aquella provincia.

Vivió en algunos conventos de ella, donde la obediencia le señaló en el tiempo que tuvo vista, porque luego que se la quitó Nuestro Señor, como después diremos, se recogió al convento de Guadalajara. En algunas guardianías, hay memoria del tiempo que en ellas vivió, y de los ejercicios en que se ocupaba cuando vacaba de la oración y de las obligaciones de su estado. Algunos indios viejos y principales cuentan cuán apacible y caritativo era con todos, y más en particular con los pobres, tras quienes se le iba el alma, por representársele en ellos Cristo Nuestro Señor. Dicen estos naturales indios, que perpétuamente le veían encerrado en la celda, y que no salía de ella sino para decir misa ó administrar los Santos Sacramentos; y que en acabando estos ministerios, se volvía á su celda, sin alzar los ojos ni hablar con persona alguna. Dicen algunos indios, y en particular Don Rafael López, gobernador indio que fué muchos años de Axixic, que cuando acababa de rezar ó leer, luego se ocupaba en algunas obras de manos para pulir los altares y iglesia, de que era aficionadísimo, como lo experimentaron muchos religiosos de los que hoy viven. Particularmente se esmeraba, porque era curiosísimo en hacer, para el día del nacimiento de Cristo Nuestro Señor, pastorcicos y bueyes de bulto, y angelitos, de que hacía nacimientos, con que revelaba grande devoción y deseo de alabar á Dios.

Un año hizo un sacerdote de bulto con su acólito, y lo puso en el altar de la iglesia, como que estaba en el *memento* de la misa, y algunas personas se hincaban de rodillas á hacer oración, y esperaban á alzar, y como veían que se tardaba, se levantaban y iban á preguntar al sacristán quien era aquel padre que parecía se había dormido en la misa. Sin duda hizo esto este bendito padre, por hacer rezar á algunos seculares, que siempre vienen á que les digan misa de cazadores, sin atender á la obligación que tienen de ser buenos cristianos y

Misa de
cazadores.

oir la misa con reposo y devoción. De modo que siempre estaba el siervo de Dios Fray Diego Luciano rezando, orando, contemplando, ó en algún ejercicio de manos, á imitación de aquellos benditos padres del Yermo, que jamás sabían estar ociosos; y para no estarlo, este siervo de Dios había aprendido á hacer las cosas dichas.

Jamás le vieron en corrillos con otros religiosos, que no fuesen muy compuestos, recatados y de conocida virtud, por no ponerse á peligro de oír palabras ociosas é impertinentes, sin fruto; fué muy callado, y nunca hablaba si no era preguntando, ó que se ofreciese ocasión de tratar cosas de edificación, vidas de santos ó materias de que pudiesen salir aprovechados. Fué en la vista muy compuesto, en el andar muy reposado, en el conversar muy recatado, con todos muy afable, de docilísima condición y de entrañas muy caritativas y amorosas, tanto, que se daba á querer de todos, sin poner en ello algún cuidado; daba muestras en su trato de ser muy noble y de buena sangre, aunque jamás hizo de ello platillo, como lo hacen algunos de estos tiempos. La persona era grave, afable; era apacible y de dulce conversación, hombre enjuto de carnes, de más de dos varas de alto, de muy hermoso rostro, aunque pálido y macilento; los ojos grandes, el cabello poco y blando; tenía una calva muy reverenda; y todo, de piés á cabeza, parecía un retrato de Nuestro Padre San Francisco. Era pobrísimo en el vestir, escaso en el comer y dormir, muy riguroso y penitente en su cuerpo; y en esto fué tal, que muchos religiosos que le confesaban, y trataban familiarmente cosas de espíritu con él, decían que era rigurosísimo en disciplinarse, y de esto, y de los asperísimos cilicios de cotas, rayos y sacos de cerdas de que usaba, vino á írsele enflaqueciendo la vista, y esto fué de tal arte, que poco á poco le fué Nuestro Señor ensayando en este trabajo; luego pasando algún tiempo, le fué necesario, por faltarle ya más la vista, ver con dos pares y con tres DE ANTEOJOS, hasta que últimamente le privó Su Divina Majestad de toda la vista. Llevó este siervo de Dios este trabajo como ya ver ado en ellos, y como enviados de aquel Se-

ñor que también los sabe pagar y premiar. Fué su paciencia como de hombre tan manso y sufrido, y que echaba bien de ver cuan al cabo estaba de la colmada paga que Dios sabe dar por su amor, pues si estos y las miserias de la vida no tuvieran un tan buen fiador asíduo al fin y remate de ellas, que es la fe, y firme esperanza que el verdadero religioso siervo de Dios debe tener en el premio que por ellos se consigue; dificultosos fueran de llevar, y pusieran espanto á los robustos y animosos, y no hay duda, sino que espantaran y asombraran, y picara mucho la disciplina, enfadara el ayuno, lastimara el cilicio, el sufrir oprobios fuera penoso, la pobreza fuera enfadosa, intolerables los trabajos y enfermedades, así al rico como al pobre, al gran señor como al humilde siervo; todos mostraran á estas cosas mala cara, y cansara la vida y sufrimiento en ellas; pero como todas tienen un final, como es Dios sumo bien nuestro y nos lo enseña la fe, sin máscara y rebozo alguno, y que después de esta vida caduca, breve y perecedera, esperamos otra felicísima y gloriosa, eterna y bienaventurada, de tantos bienes y felicidad, en compañía de Dios: se anima, alegre y entretiene el alma santa, para que puestos los ojos en amor de este Señor, no haya cosa que le divierta, perturbe ó inquiete, sino que antes los trabajos, las penitencias, las mortificaciones, y todo cuanto nuestros adversarios en esta vida y valle de lágrimas, pueden disponer para les poder hacer guerra, les sean gustosos, dulces, suavísimos, sabrosos y amigables. Para que no les diesen en rostro, quiso este mismo Señor ponerse por ejemplo, y para que haciéndole compañía con sus buenas obras, fuesen pacientes y sufridos en las enfermedades y trabajos de esta vida, y acercándose, ponerles en las manos el premio y descanso, y como materia tan necesaria, después de haber Cristo Nuestro Señor representado á sus Apóstoles, y en ellos á todos los de su bando, los muchos trabajos que habían de padecer, dice: *In patientia vestra possidebitis animas vestras*. Los años y discurso de la vida corren con tanta ligereza como el viento, y al mismo tono y paso, los trabajos y adversidades que en ellos se ofrecen, y así pues, si el premio es tan grande,

sea la paciencia sin medida, la perseverancia en el bien sin límite, para que con ellas hallen vuestras almas el descanso verdadero. Dijo el sabio: *mejor es el varón paciente y sufrido que el fuerte*, porque el sufrido se señorea de las personas y sujeta y rinde los ánimos de los más fuertes; hace del enemigo amigo, y finalmente, vence los trabajos y enfermedades, alcanzando siempre victorias ilustres, como evidentemente se ha visto en tantos santos que han caminado por este camino, de que están las historias llenas, y se ve por momentos en nuestros tiempos en tantos siervos de Dios: y en prueba de la verificación de esta verdad, pongamos atentamente los ojos en nuestro buen padre Fray Diego Luciano, y veremos con cuanta paciencia y sufrimiento llevó este trabajo de la privación de la vista, que el Señor por sus secretos juicios fué servido de quitarle, pues jamás abrió la boca para lastimarse ni quejarse, ni buscó remedio humano; sino desde el punto que la perdió, se empleó más de veras en dar gracias á su Divina Majestad, encerrándose desde luego que se vió sin vista, y recogiendo al convento de Guadalajara.

CAPITULO CCLXVIII.

En que se trata del modo de vivir que tuvo el santo Fray Diego Luciano después que se recogió al convento de Guadalajara.

Después que el bendito padre se recogió al religiosísimo convento de Guadalajara, depósito de tantos santos como en él están enterrados, vivió más de veinticinco años sin salir más de él, ni de una celda, pasando una vida más angélica que hu-